



## LECTURA ORANTE NATIVIDAD DEL SEÑOR (A)

Domingo 25 de diciembre de 2022  
En nuestros días, Dios nos ha hablado  
por medio de su propio Hijo,  
luz radiante de la gloria de Dios.  
Juan 1,1-18

### 1. Oración inicial

Dios, Padre nuestro, siempre fiel,  
Nos hablas y te das a conocer  
por medio de Jesucristo,  
tu imagen visible y tu Palabra de vida.  
Abre nuestros oídos y nuestros corazones,  
para que acojamos tu Palabra y la guardemos.  
Tu Palabra se haga carne en nosotros,  
y en nuestras acciones de justicia y amor,  
de fraternidad y humilde servicio.  
Éste sea el modo por la que todos reconozcan  
que tu Hijo vive en medio de nosotros hoy,  
y te alaben por los siglos de los siglos. Amén.

2. Para compartir antes de iniciar la lectura orante. Nos reunimos en el lugar que hemos preparado para reunirnos como familia. Ponemos una Biblia abierta en Juan 1,1-18, flores, una cruz y una imagen de la Virgen. Reunidos, pongamos en común cómo estamos, qué esperamos de este día en que celebramos la presencia de Jesús entre nosotros y qué frutos aguardamos en nuestra vida.

### 3. Lectura

#### a) Una clave de lectura:

La Navidad corre el riesgo de perderse en la costumbre de hacernos regalos. Es necesario detenernos y pensar en que hoy Dios nos dice algo muy importante sobre el sentido y el

significado de nuestra fe cristiana. Nuestra fe no es sólo doctrina que sabemos y aceptamos. Nuestra fe tiene que ver con la persona de Jesús. En él la Palabra de Dios y sus promesas se vuelven vivas. Ese es el núcleo de la doctrina cristiana. El Hijo de Dios se hace nuestro hermano y centro de nuestras vidas. En Jesús, Dios Padre nos manifiesta que él es un Dios que ama, un Dios que salva, y camina con su pueblo. Por medio de Jesús, Dios nos vincula a sí mismo y él se vincula a nosotros, compartiendo plenamente nuestra vida. Por medio de Jesús y con él podemos responder al amor de Dios en fiel entrega a Dios y los unos a los otros.

b) Texto: buscamos Juan 1,1-18 en nuestra Biblia. Un miembro de la familia proclama el texto.

4. Hagamos un momento de silencio orante para que la Palabra de Dios entre en nuestro corazón e ilumine nuestra vida. Volvamos a leer el texto y hagámonos parte de la escena. Entremos en ella como si fuéramos un personaje más del relato. Miremos la escena con los ojos de nuestra imaginación y gustemos de lo que vemos y oímos.

5. Pongamos en común lo que la lectura del texto nos sugiere. Podemos repetir la frase o la palabra que nos ha llamado la atención o nos resulta más significativa.

6. Breve comentario del texto

a) Una división para ayudar a la comprensión del texto

- a. Juan 1, 1-5: La Palabra existe desde siempre.
- b. Juan 1, 6-8: Juan, el testigo de la luz.
- c. Juan 1, 9-14: La Palabra, la luz verdadera.
- d. Juan 1, 15-18: La Palabra hecha carne es la plenitud de la vida

b) Comentario

a. Juan 1, 1-5: La Palabra existe desde siempre. Las primeras palabras del prólogo establecen un

paralelo entre el inicio del evangelio y el relato bíblico de la creación (Gn 1,1). El autor del cuarto evangelio anuncia que, en medio del caos inicial, ya existía la Palabra. La Palabra existe antes de la historia humana, en íntima relación con Dios. Desde el principio se pronunciará una palabra que procede de la intimidad de Dios. La palabra existe para comunicar algo. La primera manifestación es la obra de la creación, pero lo definitivo se irá manifestando en la historia, a través de la vida y obra de Jesús. La Palabra irrumpió en la historia humana y trajo la luz y la vida. Irrumpió en la historia humana en un acontecimiento que sucedió en el pasado y cuyos efectos forman parte de la historia presente. Es posible trazar una historia de la salvación desde la preexistencia de la Palabra hasta la irrupción de la vida y la luz en la historia humana mediante la presencia de una figura humana aún no identificada. La luz resplandece en las tinieblas y sigue estando presente a pesar de la recepción hostil que se le ha dado. Puede parecer contradictorio, tanto por la crucifixión al final de la historia de Jesús como por la experiencia del mal en el mundo, la luz de la Palabra, sigue resplandeciendo. Las tinieblas no han sofocado la luz; la luz sigue resplandeciendo en las tinieblas.

b. Juan 1, 6-8: Juan, el testigo de la luz. El prólogo se interrumpe para dar una descripción narrativa de la figura y la función de Juan Bautista. Juan no era un simple ser humano, pues había sido enviado por Dios. Se trata de una afirmación importante. En el evangelio Juan, excepto a Jesús, nadie es presentado como enviado por Dios. Juan formaba parte de un plan divino. Vino a dar testimonio de la luz, a fin de que otros pudieran llegar a creer mediante la presencia vivificante de la luz. Su función era dar testimonio de la luz. No debe, por tanto, haber confusiones. Juan el Bautista era una figura importante, pero no era la luz.

c. Juan 1, 9-14: La Palabra, la luz verdadera. La Palabra es la única luz mediante la que podemos llegar a una fe vivificante. La única luz verdadera que vivifica a todos está llegando al mundo. Las

referencias a la encarnación se afirman explícitamente. La Palabra estaba en el mundo, pues su existencia se debe a ella, aunque el mundo no la ha conocido. A partir de esta afirmación, el autor identifica el lugar y las personas que no la recibieron. Vino a su propio lugar y a los suyos. Entró en la historia humana para ser rechazada por su propio pueblo. Algunos miembros de Israel no recibieron la Palabra. Recibir la Palabra significa creer en su nombre. Hay un modo correcto y un modo erróneo de recibir la Palabra. El modo correcto de recibirla es creer en su nombre. El resultado de la fe en el nombre de la Palabra es ser hijos de Dios. No es una promesa, sino un hecho para quienes la reciben y creen. La vida eterna consiste en ser hijos de Dios y eso es un hecho actual por la fe en la Palabra. Se llega a ser hijo de Dios mediante un proceso. Esta filiación no puede explicarse mediante experiencia o entendimiento humano, puesto que no es resultado de una iniciativa humana. Los hijos de Dios no nacen de la sangre ni de la carne, son generados por Dios. Así como el Bautista irrumpió en la historia humana, de igual modo entra la Palabra en la misma historia haciéndose carne. Su morada entre nosotros. La comunidad creyente puede afirmar además que ha contemplado su gloria. Durante la existencia histórica de la Palabra, los creyentes, representados por el autor del evangelio, vieron la gloria. La comunidad que está tras el relato que comienza con este prólogo ha contemplado la manifestación visible de Dios en la Palabra encarnada, en el Hijo único del Padre.

d. Juan 1, 15-18: La Palabra hecha carne es la plenitud de la vida. El prólogo se refiere a la recepción y la respuesta al don de la Palabra. Los creyentes reciben la plenitud de la vida dentro de su existencia humana. En la historia humana Dios ha hecho dos dones. En primer lugar, dio la ley mediante Moisés. Ahora ha otorgado el don de la verdad. El don que es la verdad supera y

perfecciona el don otorgado mediante Moisés y aconteció mediante Jesucristo. No se trata de una negación del primer don; sino en la perfección con el don de la verdad que aconteció en y mediante el acontecimiento de Jesucristo. El objeto de la fe cristiana es el Hijo único del Padre. Él es la perfección de los dones de Dios. En el evangelio, la atención del Hijo estará centrada en el Padre. Como en la relación preexistente entre la Palabra y Dios, así también el Hijo, Jesucristo, está constantemente vuelto hacia el Padre. El evangelio explicará lo que está anunciado en el prólogo.

7. Asumamos un compromiso para la semana. Ante el pesebre, pidamos la gracia para que nuestras familias, reunidas en estas fiestas, crezcan en la fe en Jesús, Hijo de Dios y Salvador nuestro y seamos testigos creíbles de su amor entre los hermanos y hermanas.

8. Oremos con el Salmo 97, 1-6

R/. Los confines de la tierra han contemplado el triunfo de nuestro Dios.

Canten al Señor un canto nuevo,  
porque Él hizo maravillas:  
su mano derecha y su santo brazo  
le obtuvieron la victoria.

El Señor manifestó su victoria,  
reveló su justicia a los ojos de las naciones:  
se acordó de su amor y su fidelidad  
en favor del pueblo de Israel.

Los confines de la tierra han contemplado  
el triunfo de nuestro Dios.  
Aclame al Señor toda la tierra,  
prorrumpen en cantos jubilosos.

Canten al Señor con el arpa  
y al son de instrumentos musicales;  
con clarines y sonidos de trompeta  
aclamen al Señor, que es Rey.

## 9. Oración final

Dios Padre, rico en misericordia,  
nos has colmado con la Palabra de tu Hijo Jesús.

Nos has confiado su Evangelio para  
esté en nuestros labios y en nuestra vida  
y proclamarlo a todos y le demos forma y vida  
construyendo su comunidad de justicia y amor.

Con él seamos tu palabra, tu don  
y tu señal de esperanza para el mundo.

Te lo pedimos en el nombre del mismo Jesús, el Señor. Amén.